

Alberto Rey



PELICULERO

Un viaje sentimental por las series,
películas y estrellas que han definido
a una generación



PENÍNSULA

Peliculero

Un viaje sentimental por las series, películas y estrellas
que han definido a una generación

Alberto Rey

© Alberto Rey Santos, 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: junio de 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 9.369-2024
ISBN: 978-84-1100-264-6

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

<i>La dama y el vagabundo</i>	9
Experto en cine	13
Xenomorfo	17
Antes de...	27
Las vidas de las estrellas importan	35
Ally Sheedy no es Harrison Ford	43
El universo paralelo de Silke	51
Un fuerte aplauso para Belén Rueda	59
Ese cine español ya no existe	71
Un traje es una armadura	81
Gafotas y Sigourney	91
Los pezones de Batman	99
Pedro	111
Melanie, Barbra y Madonna	125
Trátame mal, Julia	133
Sharon Stone vivía aquí	145
Castigado sin dinosaurios	153
Cultura de videoclub	161
Nadie habla como Grace Jones	171
La cara de Kevin Spacey y el cuerpo de Brad Pitt	177
La tortura de <i>Lo que el viento se llevó</i>	191
Rebobina	199
<i>It's not TV, it's Game of Thrones</i>	205

Teatrero	221
El salto generacional de <i>Star Wars</i> a Harry Potter	229
Si Hannibal Lecter y Meryl Streep dicen que sí...	235
La experiencia <i>Perdidos</i>	243
Un mal día	251
... Y las películas se salvaron solas	263
Índice de series, obras de teatro y películas	269

Experto en cine

Experto en nada

Me hace ilusión que este libro comparta espacio en las librerías con otros libros de cine. Libros que yo he leído y releído, subrayado, prestado, recomendado, regalado, perdido y vuelto a comprar. También me da algo de vergüenza estar ahí. ¿Qué pinta un tipo como yo al lado de auténticos intelectuales, teóricos del cine, documentadísimos biógrafos o estrellas que relatan en primera persona sus vidas entre cámaras y focos? ¿Colocarían en la sección de viajes de la librería una crónica de mis vacaciones? Soy tan experto en viajes como en cine y, sin embargo, con la palabra «experto» me han presentado más de una vez. Es un sustantivo que usamos tanto que ya lo hemos despojado de auténtico significado, cuanto más de autoridad. Como el cachemir y el vinagre balsámico de Módena, «experto» ahora es el que lleva esa etiqueta colgando. Ya sea porque se la han puesto otros o porque, en un alarde de exceso de autoestima, lo hace uno mismo esperando que cuele. Porque a veces cuele.

Mi autoestima no está tan desbocada, así que Dios¹ me libre de autoproclamarme experto en nada. Aunque tampoco esperéis aquí un recital de falsa modestia. Soy un tipo extremadamente desordenado, tengo que controlar mi his-

1. David Fincher.

trionismo, conduzco fatal y si me pones un balón cerca no pretendas que haga nada con él, pero de cine algo sé.

Claro que eso lo dice todo el mundo ahora mismo. Es del todo cierto eso de que todos llevamos dentro un cocinero estrella, un seleccionador de fútbol y un crítico de cine. O, como mínimo, todos llevamos dentro a uno de esos personajes. ¿Por qué? Porque todo el mundo tiene sentido del gusto, a mucha gente (al menos en España) le encanta el fútbol y no creo que quede nadie en el mundo desarrollado que no haya visto una película. A veces parece que con eso es suficiente para sentar cátedra sobre gastronomía, alineaciones para la Supercopa y cine. Esto último es un poco lo que estoy haciendo yo en este libro. Experto no soy, pero osado sí, mucho. Esa es otra de mis virtudes, junto con el desorden y la capacidad de convertirme en un arma mortífera si me pones a los mandos de un vehículo de motor. En un viaje de trabajo a Los Ángeles alguien pensó que sería una buena idea proporcionarme un coche de alquiler para que fuese, según ese alguien, «más independiente en esta ciudad, donde a todos los sitios hay que ir conduciendo». Ese alguien no me conocía, claro. Yo quería quedar bien, así que me armé de valor y, tras el larguísimo y cansadísimo vuelo de Madrid a Los Ángeles, me dispuse a conducir, como mínimo, el trayecto que separaba el aeropuerto de mi hotel. Y luego ya veríamos.

Tras un encuentro (más humillante que desagradable) con la policía californiana, llegué al fin a mi alojamiento. Era uno de esos hoteles enormes, lujosos y anodinos, como casi todos los lugares adonde lo llevan a uno cuando va de viaje de trabajo a Los Ángeles. La recepcionista no me puso ninguna pega cuando le dije que se encargasen ellos de devolver el coche que me habían adjudicado. Le entregué las llaves y no volví a preguntar. Tampoco nadie me pre-

guntó. Pagué gustoso todos los taxis y Uber que utilicé durante mi corta estancia en la ciudad. En ningún momento eché de menos aquel cochazo con el que, paradójicamente, había recuperado el gusto por la conducción. Era un todo terreno gigantesco, un trasto tan alto como un camión. Acostumbrado a utilitarios básicos, en aquel bicharraco me sentía como Marge de *Los Simpson* cuando, al volante del su aparatoso nuevo coche (¡Cañoneroooo!), se convierte en una conductora a la que conviene evitar. Aquello era como conducir un tanque. Además, el cambio era automático y, aunque el juego entre acelerador y embrague es una de las pocas técnicas de conducción que sí controlo, enseguida agradecí no tener que preocuparme por ello. Ni por ello ni por nada. Ya se preocuparían los demás conductores. Y ya se encargarían dos simpáticos policías de dejarme claro que no podía recorrer las infinitas autopistas de Los Ángeles como si fuese la Imperator Furiosa de *Mad Max: Fury Road*. No les conté que, antes de subirme a aquel coche (¡Cañoneroooo!), yo era más Sor Citroën. De Gracita Morales a Charlize Theron en unos pocos minutos. Si eso no es el sueño americano, vosotros me diréis.

Muchos de mis amigos saben más de cine que yo. Algunos tienen conocimientos académicos y titulación, y otros son ratas de filmoteca. Unos se lo han estudiado todo, otros se lo han visto todo y alguno ha hecho las dos cosas. Algunos se dedican a cosas relacionadas con el cine o la televisión y otros tienen trabajos que nada tienen que ver con las películas o las series. Todos tienen un crítico de cine dentro, pero solo algunos lo sacamos a pasear en público.

Yo me limito a responder «sí, ya ves qué suerte tengo» cuando alguien me dice que menuda suerte tengo de que me paguen por ver películas y series. No soy nadie para

estropearle la fantasía contándole que por lo que me pagan es por todo lo demás, que ver películas y series es parte de mi trabajo, pero que ni lo es todo ni ese es el único trabajo que tengo. Tampoco creo que entienda el drama que es conducir por Los Ángeles con *jet lag* o querer arrancarte los ojos tras una semana cubriendo un festival de cine. Esto último solo lo he hecho una vez y, desde entonces, los periodistas culturales que lo viven periódicamente son mis héroes. Ellos sí que saben de cine. Algunos han escrito libros extraordinarios. Aquí los tengo, junto al teclado del portátil, llenos de notas y apuntes.

No voy a decir vuestros nombres, pero muchas gracias Rosa Belmonte, Isabel Vázquez, Paloma Rando, Toni García Ramón, Juan Sanguino, Conchi Cascajosa, Enric Albero, Javier P. Martín, Daniel Mantilla, Irene Crespo, María Guerra, Javier Zurro, Pepa Blanes, Marina Such, Valentina Morillo, Elena Neira, Cristina Teva, Carlos García Carrasco y David Martos. Soy muy consciente de que esta sarta de nombres suele ocupar la página final de libros como este. Pero yo, igual quiero que este libro sirva para que descubras películas y series que quizá desconocías, quiero que te lleve a disfrutar de los artículos, programas, pódcast y demás creaciones de los que yo considero mis maestros. Y ahora, basta de hablar de otros. Sigamos hablando de películas. Y de mí.

Xenomorfo

(Se dice así)

No he conocido a ningún periodista cultural al que la cultura no le interese. Los habrá, imagino, pues el periodismo cultural es, sobre todo, un trabajo, y todos los trabajos tienen trabajadores a disgusto, profesionales que han terminado en la parte de su profesión que menos les interesa o desgraciados castigados por sus jefes a la sección menos trepidante del diario. Con esto no quiero decir que la sección de cultura sea la amiga fea de las redacciones informativas. Nada más lejos de mi intención, cómo me atrevería, jamás pensaría tal cosa. Sí que es verdad que para muchos flipados que ven el periodismo como una misión divina, una actitud ante la vida o una vocación sagrada, lo de escribir sobre libros, exposiciones o películas les parece poco menos que una perversión, una frivolidad o una payasada.

Se atribuye a Dolly Parton la frase «no me ofenden los chistes sobre rubias tontas, porque yo sé que no soy tonta... y también sé que no soy rubia». A mí los chistes sobre periodistas culturales tampoco me ofenden, porque no soy periodista. Cuando me preguntan en qué trabajo suelo responder que me dedico a escribir. Y si la pregunta ocurre en una temporada en la que la radio o la tele cuentan a menudo conmigo, simplemente digo que me dedico

al entretenimiento. Esto que estás leyendo quizá sea cultura, pero yo solo aspiro a que sea un entretenimiento decente.

Una de las mejores cosas del periodismo cultural, profesión a la que ya he dejado claro que no me dedico, son los viajes. Los más veteranos de la profesión relatan algunos que, más que misiones laborales, parecen vacaciones de ensueño. La cultura es un negocio y el entretenimiento mucho más, así que es normal que los que las fabrican (perdón: los que los crean) intenten por todos los medios que sus productos (perdón: sus obras) llamen la atención lo más posible. En un mundo cada vez más saturado de libros, discos, series y videojuegos, las opciones de que estos nazcan condenados a la irrelevancia aumentan de forma exponencial. Lo que no se comunica no existe, lo que no se anuncia no es, lo que no sale en un periódico no ha ocurrido y solo lo que aparece en televisión es verdad. Por eso el periodismo cultural es importante para los fabricantes de cultura, porque da visibilidad e incluso relevancia a sus obras. A sus, con perdón, productos. Y por eso ese reportero de sucesos del periódico mira con envidia y desprecio (un 90 por ciento envidia y un 10 por ciento desprecio) al jefe de la sección de cine que se lamenta de tener que dormir esa noche en un vuelo largo. Su destino puede ser Los Ángeles, Vancouver o Nueva Zelanda, por citar tres de los centros de producción audiovisual más activos del mundo. Pero también puede ser un resort de lujo de las Maldivas, donde una multinacional del entretenimiento correrá con todos sus gastos y, por si eso fuera poco, le permitirá entrevistar a la estrella de su última superproducción. La invitación podría estar organizada en colaboración con otra megacorporación, esta del sector de la cosmética, que necesita dar a conocer su nuevo lanzamiento, un perfume cuya campaña publicitaria estará protagonizada por la estrella

de la frase anterior. Ahí es donde el periodismo cultural se convierte de alguna manera en algo que intenta seguir siendo periodismo y cultural, porque (y de esta burra no me va a bajar ni el enviado especial al reactor incendiado de Chernóbil) tampoco he conocido ningún periodista cultural al que estos cambalaches no lo incomoden o incluso lo indignen. Pero el de la cultura y el entretenimiento es, sobre todo, un mercado, y en un mercado solo hay dos tipos de agentes: los compradores y los vendedores. Algunas de las mejores entrevistas con estrellas de Hollywood que se han publicado estaban contaminadas por tratos de ese tipo. Igual que algunos de los textos más bochornosos que uno puede leer en los medios presumen de ser Periodismo, así, con mayúscula.

Aclarado esto, volvamos a los viajes (y a la cara de envidia del reportero de sucesos). Los más habituales en el periodismo de cine y series son los que se hacen a los rodajes. Pueden durar dos días o una semana entera. Pueden llevar-te a una gran ciudad o a un paraje extraño. Pueden saldarse con un montón de textos que contentarán tanto a tu jefe como a quien te ha pagado los gastos o pueden no dar lugar a absolutamente nada. He olvidado al rodaje de qué serie correspondía un viaje que terminó con dos periodistas (uno de ellos yo) sentándose con toda la calma en el bar del hotel con la responsable de prensa de aquella serie y diciéndole: «De esto, como entenderás, no vamos a escribir». Realmente no recuerdo qué serie era y cómo de pérdida de tiempo había sido acudir a su grabación. Es posible que esa misma responsable de prensa ordenase que las bebidas a las que nos invitó mientras le dábamos las malas noticias incluyesen algún tipo de sustancia capaz de producir amnesia. Funcionó. Por no recordar no recuerdo ni la ciudad ni el hotel ni nada de nada. Imaginaos un reportero de guerra

olvidándose de alguno de los conflictos armados que ha cubierto. A veces el periodismo cultural sí que es un poco frívolo, lo reconozco.

Visitar un rodaje tiene algo de parque de atracciones y algo de asesinato de niños. Me explico: si te gusta el cine y la televisión (ahora es cuando tú niegas con la cabeza y yo te pregunto por qué demonios tienes este libro entre las manos), pasear entre decorados, focos, pantallas verdes y actores tiene mucho de mágico. Porque es, de la manera más literal posible, estar dentro de una película o una serie. El problema es que esa película o esa serie la estás viendo reducida a sus componentes más mundanos: focos, decorados, maquillaje y disfraces. Y ahí la magia salta por los aires. Cuando te dejan tocar los cachivaches del interior de la nave *Nostromo*, o te gusta *Alien: el octavo pasajero* mucho, muchísimo, o no la podrás ver nunca más. Porque esos cachivaches son madera, cartón, corcho, plástico y trampa-tojo. Desmontan el truco, exponen el mecanismo y delatan al ilusionista.

Por suerte, a mí *Alien* me gusta mucho, muchísimo más de lo recomendable, así que pude sobreponerme a descubrir que la *Nostromo* por dentro no era más que un decorado y, por fuera, una maqueta. A eso me refería con lo de «asesinato de niños»: pocas cosas matan más al niño interior de un cinéfilo que comprobar que el cartón piedra es, en efecto, cartón. Y que dentro del xenomorfo¹ había un actor. En concreto uno llamado Bolaji Badejo.²

Los retazos de la nave *Nostromo* que yo pude tocar estaban, como casi todos los retazos de decorados antiguos

1. Lo de «a mí *Alien* me gusta mucho, muchísimo más de lo recomendable» implica que no saldrán jamás de mi boca las palabras «monstruo», «bicho» o «marciano». Es el xenomorfo. Punto.

2. No he tenido que mirarlo en Google.

que todavía sobreviven, almacenados un poco de cualquier manera en un lugar absolutamente improbable de Los Ángeles. Dado que Los Ángeles es, y que me perdonen los allí nacidos, un lugar absolutamente improbable en sí misma, la metáfora es perfecta: los fósiles de algo que nunca existió están en un sitio que a nadie importa demasiado. Y sí: podría haberme llevado a casa parte de la *Nostromo*, pero —ay, la magia del cine— aquello solo eran listones carcomidos y paneles plásticos. Nadie me habría detenido en la aduana por contrabando de arte, pero más de uno me habría descrito como «un gilipollas arrastrando unas tablas sucias por la terminal». Un gilipollas con una sonrisa de oreja a oreja.

Más tarde me enteré de que en el mismo almacén estaban —estos en un lugar más honorable— algunos de los huevos alien de la película. Seguro que, en las distancias cortas, son ridículamente inofensivos, pero, si los hubiera tenido al alcance, la tentación de llevarme uno a casa sí habría sido real. Me lo habría metido bajo la camiseta y de esa guisa habría atravesado el arco de seguridad del aeropuerto. ¿No es esa, además, la premisa de *Alien: el octavo pasajero*? ¿No habría sido una bonita manera de homenajear a una de las películas de mi vida? Me habrían detenido, sí, pero ¿quién nos dice que Ridley Scott en persona no habría acudido a mi rescate, pagando gustoso mi fianza y viendo cómo su película sigue más viva que nunca, aunque sea en forma de bizarra aventura en la terminal internacional de uno de los aeropuertos más vigilados del mundo? «Periodista cultural arrestado en el aeropuerto al intentar sacar del país un trozo de atrezo sin valor ninguno», habría titulado un reportero de sucesos del *L.A. Times*. Aunque para eso tendría que darse la circunstancia de que no hubiera ocurrido en la ciudad ningún delito más importante

o grotesco que el mío, y en Los Ángeles, amigos, otra cosa no, pero delitos importantes y grotescos hay bastantes. Para que un periodista cultural sea noticia tiene que, por lo menos, haber secuestrado el avión privado de Julia Roberts. Con Julia dentro. Muerta.

Mis encuentros en la tercera frase con atrezo de *Alien* sin valor ninguno (eso ha dolido, reportero de sucesos del *L.A. Times*) tuvieron lugar durante uno de los días libres que me dejó una visita a un rodaje de otra serie olvidable. Fui a escribir sobre una cosa y aquí me tienen, unos cuantos años después, escribiendo sobre *Alien*. Porque aquella serie era, efectivamente, olvidable, y *Alien* no lo es.

La historia de las piezas de la Nostromo que vi y toqué, así como la de los huevos del alien que no, la conté en una cena en mi siguiente visita a Los Ángeles. Uno de los comensales me dijo, con la naturalidad que tiene la gente que lleva trabajando en Hollywood toda su vida, que sabía dónde estaba uno de los modelos originales utilizados por Ridley Scott para la escena en la que Kane (John Hurt) es atacado en el primer acto de *Alien*. Un escalofrío me recorrió la espalda en ese momento: la eclosión del huevo alienígena, cuando no sabíamos que eso era una eclosión de un huevo alienígena (ni la que se iba a liar después), es una de las diez imágenes cinematográficas que marcaron mi infancia. Y uno de los diez momentos que marcaron mi relación con mi padre. No necesariamente por este orden. Palabras mayores. Para mí, la posibilidad real de tener aquello cerca («si quieres lo organizo y puedes verlo», me dijo aquel coordinador de producción que cenaba pasta a mi lado) era asomarme al abismo. No sabía si estaba dispuesto a comprobar que lo que más miedo me ha dado en mi vida no eran más que unos plásticos y unos mecanismos con muelles. Pero tampoco po-

día garantizar no perder los papeles y echarme a llorar ante el huevo alien.

En aquel momento mi padre llevaba más de quince años muerto. Crecer con un padre complicado (todos lo son, lo sé, pero el mío lo era más) lo marca a uno hasta límites indecibles. No poder enfrentarme a uno de los símbolos de aquella relación era sin duda uno de esos límites. Contar esto ahora es anticlimático. Me veo obligado a rescatar recuerdos sensoriales nada agradables. El escalofrío que me recorrió la espalda lo recuerdo a la perfección. Igual que recuerdo cómo mi padre me cogió de la mano y sacó del cine de verano al que me había llevado a ver *Alien*. Yo debía de tener siete u ocho años. Recuerdo la sensación de ser salvado por mi padre, no la de haber sido metido, por él también, en la guarida del xenomorfo. Desprecio profundamente el pensamiento mágico, pero me veo capacitado para sentir el cúmulo de emociones contradictorias que debió de experimentar papá al darse cuenta de la barbaridad que había hecho llevando a un niño pequeño a ver una película tan terrorífica. Es posible que mamá se entere de este episodio leyendo este libro y eso despierte en ella otra serie de sentimientos opuestos y extraños, deformados por los cuarenta años que han pasado desde entonces y, sin embargo, frescos y ácidos como un acto reflejo. Construiré un recuerdo nuevo de algo que ella no vivió y que, ahora, significa algo completamente distinto. Recordar es releerse, pero a veces también es reescribirse. Quisiera pensar que este libro es en parte eso, papá. Estoy reescribiéndonos.

La escena de la eclosión de *Alien: el octavo pasajero* es un prodigio de planificación fílmica. La habré visto docenas de veces, en parte porque es puro cine y en parte porque cuanto más la veo más reescribo mi relación inicial con ella. La tenía tan grabada a fuego en mis recuerdos infanti-

les más abstractos que, cuando por fin me atreví a enfrentarme a ella de nuevo, no me pareció tan intolerable. Ese momento de la película no es tanto un momento de miedo irracional, de miedo-concepto, como de susto y asco. Primero el huevo se abre de una manera imprevista, gelatinosa y descaradamente vaginal ante la mirada fascinada de Kane (John Hurt). Luego el parásito (*facebugger*), tras un par de palpitaciones todavía dentro de su matriz, sale disparado hacia el casco de Kane, al que se adhiere. La expedición de reconocimiento ha terminado en una situación indescifrable que el guion de *Alien* desarrollará con enorme maestría. Van a morir casi todos. Eso lo sé ahora. Hasta bien entrado en la veintena, para mí *Alien* era la historia de unos señores que bajaban de una nave espacial y eran atacados por algo que no se sabía muy bien qué era. La película acababa con el *facebugger* estrangulando a John Hurt. Tardé muchos años en poder ver *Alien: el octavo pasajero*. Hoy es una de mis películas favoritas. Aunque pertenezca a un género cinematográfico del que huyo.

No necesito psicólogos para saber que mi nula afición a las películas de terror tiene que ver con que una de las primeras películas que vi era, ejem, de terror. Los grandes maestros de ese género estarán orgullosos de Ridley: su película logró, al menos en un caso, el efecto deseado. Y el opuesto: conmigo perdieron un espectador para siempre. Me cuesta entender eso de pasarlo bien pasando miedo en el cine. Pasarlo bien es pasarlo bien, y pasar miedo es pasar miedo. No tengo ninguna necesidad de asustarme viendo monstruos, bichos o marcianos, ya lo viví una vez y aprendí de ello. Para un episodio del pódcast de cine que grabé durante una temporada con mi amiga Isabel Vázquez, me tocó ver una película de miedo. Lo hice a plena luz del día, con las persianas subidas y las ventanas abiertas. El reflejo

del sol sobre la pantalla apenas me dejaba ver nada, pero solo con su banda sonora la película ya estaba poniéndome muy nervioso. Así que la paré. En realidad no la vi, Isa. Leí una detalladísima sinopsis en Wikipedia y me fie de tus enormes conocimientos y de tu valentía total. Ninguno de nuestros oyentes se dio cuenta.

Me han invitado varias veces a rodajes de películas o series de terror y siempre he dicho que gracias, pero no, gracias. Sé que me conviene romper la magia, negra en este caso, que el género ejerce sobre mí, pero el hecho de verme en una casa embrujada, por muy de corchopán que sea, es superior a mí. Mido más de metro ochenta, peso cerca de cien kilos y más de una camisa he roto al expandir la espalda para juntar las manos, y aun así soy incapaz de ver una película de miedo sin sufrir. Sé que cuando estás en un set de rodaje, el encantamiento de las películas y las series se desvanece. Son solo decorados, luces y actores. O no. A los corresponsales de guerra les preguntan con frecuencia si el miedo alguna vez les puede. A los periodistas culturales no se lo preguntan nunca. Pero yo no soy periodista cultural. Solo escribo.